

# La Casa de la Riqueza

## Estudios de la Cultura de España

29

**E**l historiador y filósofo griego Posidonio (135-51 a.C.) bautizó la Península Ibérica como «La casa de los dioses de la riqueza», intentando expresar plásticamente la diversidad hispánica, su fecunda y matizada geografía, lo amplio de sus productos, las curiosidades de su historia, la variada conducta de sus sociedades, las peculiaridades de su constitución. Sólo desde esta atención al matiz y al rico catálogo de lo español puede, todavía hoy, entenderse una vida cuya creatividad y cuyas prácticas apenas puede abordar la tradicional clasificación de saberes y disciplinas. Si el postestructuralismo y la deconstrucción cuestionaron la parcialidad de sus enfoques, son los estudios culturales los que quisieron subsanarla, generando espacios de mediación y contribuyendo a consolidar un campo interdisciplinario dentro del cual superar las dicotomías clásicas, mientras se difunden discursos críticos con distintas y más oportunas oposiciones: hegemonía frente a subalternidad; lo global frente a lo local; lo autóctono frente a lo migrante. Desde esta perspectiva podrán someterse a mejor análisis los complejos procesos culturales que derivan de los desafíos impuestos por la globalización y los movimientos de migración que se han dado en todos los órdenes a finales del siglo xx y principios del XXI. La colección «La Casa de la Riqueza. Estudios de la Cultura de España» se inscribe en el debate actual en curso para contribuir a la apertura de nuevos espacios críticos en España a través de la publicación de trabajos que den cuenta de los diversos lugares teóricos y geopolíticos desde los cuales se piensa el pasado y el presente español.

### CONSEJO EDITORIAL:

ÓSCAR CORNAGO BERNAL (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid)  
DIETER INGENSCHAY (Humboldt Universität, Berlin)  
JO LABANYI (New York University)  
JOSÉ-CARLOS MAINER (Universidad de Zaragoza)  
SUSAN MARTIN-MÁRQUEZ (Rutgers University, New Brunswick)  
CHRIS PERRIAM (University of Manchester)  
JOSÉ MANUEL DEL PINO (Dartmouth College, Hanover)  
JOAN RAMON RESINA (Stanford University)  
LIA SCHWARTZ (City University of New York)  
ULRICH WINTER (Philipps-Universität Marburg)

## ONDULACIONES

### El ensayo literario en la España del siglo xx

JORDI GRACIA Y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA (EDS.)



IBEROAMERICANA • VERVUERT • 2015

## Las otras vidas de Miguel Pérez Ferrero

JUAN HERRERO SENÉS  
(University of Colorado-Boulder)

Miguel Pérez Ferrero (Madrid, 1905-1978) es otro de esos escritores de entreguerras que solo son mencionados cuando se amplía generosamente la nómina de protagonistas. Licenciado en Derecho, fue literato por ilusión, periodista por profesión y, en definitiva, escritor por dedicación. Biógrafo, cinéfilo y fumador empedernido, su trayectoria vital, como espero mostrar, tiene no poco de envés de la vida de los otros. En los años treinta era uno de los más destacados jóvenes críticos literarios en prensa, director de la página literaria del *Heraldo de Madrid*, un espíritu inquieto y agudo que actuaba de eficaz correa de transmisión de las andanzas y obras de las generaciones que convivían en esos años. En la guerra acabó uniéndose al bando nacional y el resto de su vida, como le pasara a Antonio Marichalar, Ferrero fue de algún modo una versión rebajada de sí mismo, preso de la nostalgia por una época barrida de la vida cultural española a la que volvía al compás en no pocas ocasiones de efemérides y fallecimientos de amigos y conocidos. Así, afirma ya en 1948: "Nadie será nunca capaz de saber

la ráfaga que trae los recuerdos, tan vivos a veces, que tenemos la sensación de desdibujarnos en absoluto del presente para tomar, de nuevo, cuerpo en el pasado tal como éramos y tal como sentíamos...<sup>1</sup>. A lo largo de más de cincuenta años de profesión emborronó cientos de páginas, pero no de creación, sino sobre los demás, y no en vano sus obras más conocidas son las informadas biografías que durante el franquismo publicó sobre los hermanos Machado, Pío Baroja y Ramón Pérez de Ayala.

En lo que sigue voy sobre todo a concentrarme en la trayectoria de Ferrero hasta 1936, pues mi propósito principal es mostrar su papel significativo como “promotor de las letras” (la frase es de Díaz Plaja<sup>2</sup>) de los años de la República y aludir a algunos de sus textos más sugestivos. Él pertenece a ese grupo de escritores, como el citado Marichalar o Guillermo de Torre, que tras varias escaramuzas dejaron de lado la producción poética o ficcional para dedicarse mayoritariamente al ensayo y la crítica, y se convirtieron en observadores, árbitros y animadores de la vida literaria española.

Algo que distingue a Ferrero de los arriba citados es su querencia por las “entrañas” o la “vididura” de la literatura, tanto o más que por las producciones; y esto en un doble sentido: uno, en el de indagación de las vidas de los autores y el valor de que se dota a las anécdotas; y dos, en la importancia que se le otorga al entramado de relaciones que conforma el sistema literario, donde además de los autores participan casas editoriales, publicaciones periódicas, críticos, lectores, publicistas, tertulias, grupos...: “Este mundo es complejísimo, lleno de recodos y esquinas, plagado de secretos, unas veces maravillosos y otras tristes”<sup>3</sup>. Pero, además, Ferrero cultivó un estilo de crítica peculiar, que ni aspiraba a la creatividad e intensidad espiritual de Marichalar, ni se reconocía ya en el modelo de crítica afirmativa preconizada por Ortega y que Guillermo

- 1 Miguel Pérez Ferrero, “Roque Esteban Scarpa”, *Abc*, 16 de marzo (1948), p. 3. Los textos sin indicación de autor pertenecen a Miguel Pérez Ferrero.
- 2 Guillermo Díaz-Plaja, “Pérez Ferrero, en sus proscenios”, *La Vanguardia*, 25 de abril (1972), p. 13.
- 3 “La vida literaria”, *Heraldo*, 22 de enero (1931), p. 8.

de Torre había identificado como característica de los nuevos aires literarios en la introducción a *Literaturas europeas de vanguardia*. Frente a esta, Ferrero a menudo preconizó una postura personalista, de afirmaciones directas y polémicas que no eludía ni la crítica, ni la denuncia ni la confrontación, y a veces casi la perseguía, a partir de un acercamiento “agresivo” a su objeto. Algo por otra parte más en consonancia con los aires enrarecidos de los años 30, aunque en el caso de Ferrero deba señalarse el nulo matiz político, sino circunscrito a lo literario, de sus afirmaciones más contundentes. En cualquier caso, de forma persistente y durante casi diez años Pérez Ferrero fue dejando constancia en sus reseñas y crónicas de los acontecimientos literarios más destacados, lo que incluye no únicamente la publicación de libros, sino la aparición y desaparición de revistas, las visitas y viajes de escritores, las polémicas entre ellos, los banquetes, fiestas, homenajes y conferencias, las entrevistas y reportajes sobre tendencias literarias, los tejemanejes editoriales o las glosas de autores notables.

Pérez Ferrero entró a la vida literaria alrededor del año 1923 acompañado de los pintores con los que se reunía en el Café Saboya: Carlos Sáenz de Tejada, Francisco Santa Cruz y Francisco Bores, quien le retrató en 1925<sup>4</sup>. Comenzó, como casi todos, siendo poeta: “Yo me había dado a fabricar unos versos ligeros que constituían poesías cortitas, las cuales estimaba libérrimas y descaradas”<sup>5</sup>. Sus composiciones aparecieron en revistas jóvenes como *Alfar*, *Plural*, *Tobogán* o *El Estudiante*, y fueron recopiladas en dos libros de escasa fortuna: el posmodernista *El bufón de la reina* (1923), con prólogo de José Francés, y *Luces de bengala* (1925), de factura más ultraísta. Al parecer, publicó un tercer libro, *Poemas escondidos*, del que nada más se sabe.

Todavía a finales de los veinte publicó poemas y prosas líricas en *Mediodía* de Sevilla, en la murciana *Verso y Prosa* (donde ya mostró su afición por el cine, que le durará toda la vida) o en la castellana *Parábola*. Sin embargo, ninguno de los tres proyectos que en marzo de

- 4 Ferrero rememora estas amistades en el capítulo “Francisco Bores” de *Unos y otros* (Madrid, Editora Nacional, 1947, pp. 171-175).
- 5 *Ibidem*, p. 172.

1928 anunciaba llegaron a concretarse: "Un libro de poemas con el título de *Poemas del aire* (anunciado al pie de unas anticipaciones publicadas en 1926) o de *Aeros*, probablemente para las ediciones 'Parábola'. Un cuaderno de 'Trece poemas de Humidor' en *La Gaceta Literaria*. Un libro de prosa (cuentos o algo así) todavía sin título"<sup>6</sup>. En poco tiempo, Pérez Ferrero se pasó a la crítica, el ensayo y el periodismo cultural, al que desde ese momento dedicaría toda su vida. Desde sus inicios en 1927 lo encontramos entre los colaboradores habituales de *La Gaceta Literaria*, de cuya sección de libros llegó a ser director junto a Esteban Salazar Chapela a mediados de 1929 y donde ejerció de coordinador y animador de la famosa encuesta sobre la vanguardia en 1930. El propio Ferrero, años después, explicaba su ubicación estética: "Seguíamos las corrientes de una posguerra que no había cumplido diez años y nos adscribíamos a unas tendencias que se amalgamaban en los recipientes, lo diré así, de estas palabras: moderno —que no modernismo—, nuevo, joven, y en un vocablo que, como casi todo lo que se pone en boga fulminantemente, estaba destinado a des- acreditarse muy pronto: *vanguardia*"<sup>7</sup>.

Su firma pronto se multiplicó en las rotativas: en el periódico *La Libertad*, donde ejerció la crítica literaria de forma esporádica entre las columnas de la prosa maciza de Cansinos Assens y la elegancia de Juan Chabás; en el *Atlántico*, que dirigía su amigo Francisco Guillén Salaya (con el que en poco tiempo coincidiría en el *Heraldo de Madrid*); en *Cosmópolis* y en *Revista de las Españas*, donde, encargado de comentar la actualidad de las revistas durante el año 1929, compartió cartel de la sección bibliográfica con Giménez Caballero, que se ocupaba de los libros peninsulares, y Benjamín Jarnés, que hablaba de los latinoamericanos. Con toda esta actividad, Ferrero comenzó a granjearse una fama de conocedor del mundillo literario, de escrutador y vocero de la joven literatura española, y también de crítico honesto y poco dado a las concesiones.

6 S. f., "¿Qué preparan nuestros escritores?", *La Gaceta Literaria*, 30, marzo (1928), p. 1.

7 *Unos y otros*, pp. 171-172.

Reveladora de sus opiniones es una entrevista de mediados de 1929 y donde es interrogado por cuatro temas centrales: su opinión sobre la vanguardia, la relación entre la novela y el cine, el papel de la mujer española y los "puntos cardinales" de la literatura española actual<sup>8</sup>. A lo primero contesta que la vanguardia ya puede considerarse desaparecida, pero que ha sido muy útil como catalizadora de una nueva promoción literaria; dentro de la estridencia general, ha conseguido "lanzar y lograr que se acepten en el mercado literario unos cuantos nombres de escritores buenos, con sólida formación, con posibilidades insospechadas". Si el intercambio bidireccional entre novela y cine había sido hasta el momento fructífero, la tendencia actual era hacia la independencia de ambas artes debido a que el cine "se va apartando de utilizar recursos literarios". Preguntado sobre el rol de la mujer en la vida pública, Ferrero afirma que previamente ha de resolverse la cuestión de la implicación del hombre joven en ella; para él, después de un periodo de indiferencia, ha llegado la hora y el deber de intervenir activamente en los asuntos de su patria, "de actuar muy de cerca" aplicando, "si se precisan, los procedimientos violentos propios de la juventud". Finalmente, Ferrero ofrece una nómina de la literatura española contemporánea con cuatro puntales: Ortega, Valle-Inclán, Unamuno y Juan Ramón Jiménez. Sobre los jóvenes, cree que aún es prematuro el juicio, a excepción de varios nombres: en poesía, Salinas, Alberti, Guillén y García Lorca; en prosa, únicamente uno: Benjamín Jarnés.

A principios de 1930 el nombre de Ferrero aparece en la nutrida lista de firmas del efímero diario gráfico de la noche: *Más*. Ese mismo año empieza a colaborar en la revista *La Raza* y el mes de abril lee en el salón de exposiciones del *Heraldo de Madrid* la conferencia "El arte nuevo como agresión" (antes había dado Samuel Ros la suya, "Ortopedia y gafas negras"), que, a las alturas de fin de década, extraía algunas consecuencias de la relación establecida por Ortega entre arte

8 Fidel Cabeza, "Charlas de actualidad: Miguel Pérez Ferrero", *Diario de Córdoba*, 8 de agosto (1929), p. 1.

nuevo y público mayoritario<sup>9</sup>. Es un texto parcial, entusiasmado aún con el fenómeno vanguardista y especialmente con el surrealismo, y con unos resabios elitistas que se irán disolviendo con los años. Opina Ferrero que el arte nuevo le debía precisamente a la agresividad ser tenido en cuenta como signo de los tiempos. Unida al otro factor esencial, la auténtica novedad, la agresividad no suponía afán de escándalo y sorpresa —pese a que este se produjera—, sino el hecho de que la obra nueva “no es asequible al primer esfuerzo de comprensión”<sup>10</sup> ni es fácilmente explicable. Ferrero sitúa la genealogía de esta agresividad en la figura precursora de el Greco, cuya deformación de la realidad rompe las normas establecidas, y luego en la línea subversiva que nace con los impresionistas, y en la que va detectando sucesivas revoluciones contra el gusto, las costumbres y las reglas, hasta llegar al surrealismo, donde se produce directamente “la indignación auténtica y el pasmo que empalidece los rostros”<sup>11</sup>. Más tarde habla del hermetismo de la obra nueva, asequible solo a iniciados, y cómo sirve de mecanismo de defensa del artista ante la “exterior vulgaridad”<sup>12</sup>. Pero lo que comenzó como un repliegue del artista frente al público ignorante se tornó con los surrealistas ataque, y estos ofrecen sus obras directamente como incitaciones a la subversión, con el objetivo de habituar a las gentes al nuevo ritmo vital de la época. Por eso más que una reacción artística, el surrealismo —como epítome del espíritu agresivo central de todo arte nuevo— debía considerarse un regenerador social<sup>13</sup>. La agresión constituía así, finalmente, un modo de dominar a la masa para curarla de su adocenamiento.

9 La conferencia aparecería en la revista mexicana *Contemporáneos* (24 noviembre 1930), pp. 150-165), donde dos años antes Ferrero había publicado el fragmento de prosa narrativa “Andén”.

10 *Ibidem*, p. 152.

11 *Ibidem*, p. 158.

12 *Ibidem*, p. 159.

13 Véase a este respecto el artículo “Luis Buñuel, director español de cine” (*Abc*, 8 de mayo 1951, p. 9), donde Ferrero rememora el tumultuoso estreno de *Un perro andaluz* en Madrid.

A las alturas de 1930 Pérez Ferrero no había renunciado totalmente a la escritura de ficción, pues en julio de ese año la editorial Ulises anunció entre los originales para la colección de “nuevos valores” su novela *Hombre a dos filos*<sup>14</sup>. Pero en agosto de ese año se produjo su incorporación a la redacción del *Heraldo de Madrid*, en la que irá teniendo un protagonismo cada vez mayor, y Ferrero se volcó de lleno en el periodismo y especialmente en la crítica literaria<sup>15</sup>. En poco tiempo se convirtió en el principal responsable de la página semanal de literatura del diario, tarea que llevó a cabo durante más de seis años.

Vespertino de ideología liberal fundado en 1890, el *Heraldo de Madrid* había evolucionado hasta situarse como socialista durante la Segunda República. En esos años fue el periódico de tendencia republicana de mayor tirada en España, con más de 150 000 ejemplares diarios, y gozaba de una gran difusión, especialmente entre las clases obreras<sup>16</sup>. Manuel Fontdevila, su director desde 1927, había sabido rodearse de un grupo de buenos periodistas, empezando por el redactor jefe, Manuel Chaves Nogales, y junto a él Manuel Bueno o César González Ruano. El *Heraldo* publicaba semanalmente una página literaria que dirigía Rafael Marquina, pero en poco tiempo Ferrero se hizo con la dirección, una vez Ruano se fue a *Informaciones*. Así explica el propio Pérez Ferrero años después su idea de la sección: “El año 30, teníamos a nuestro cargo, y las dirigíamos libérrimamente, con el asenso del director del periódico, las páginas literarias del *Heraldo de Madrid*, y las dirigíamos solos, sin ninguna otra intervención desde esa fecha. En ellas insertábamos los

14 Sobre esta colección y su ambiciosa lista de autores puede verse Gonzalo Santonja, *La república de los libros: el nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 121-122.

15 Ferrero hizo en el *Heraldo de Madrid* crónica internacional y también entrevistas. Ruano evoca en sus memorias la redacción del rotativo (*Memorias: mi medio siglo se confiesa a medias*, Sevilla, Renacimiento, pp. 163-166), y cuenta que Ferrero y él fueron los únicos periodistas presentes en las puertas del Ministerio de Gobernación cuando llegaron los representantes de la República tras las elecciones del 14 de abril de 1931 (*ibidem*, p. 248).

16 Así describe Gecé el perfil del periódico en 1931: “El módulo del *Heraldo*. O sea ese de la fluidez populachera, del ataque, del grito, de no tener nunca posición fija y parecer que siempre la tiene” (*Heraldo*, 27 de agosto, 1931, p. 10).

originales de los escritores jóvenes y de los jóvenes poetas, y pese a los abismos que se estaban abriendo políticamente entre los españoles, y no obstante el carácter que se estaba imprimiendo al diario, nosotros los acogíamos haciendo caso omiso de lo que en política pensarán y de las actitudes, en ese sentido, que adoptaran<sup>17</sup>.

Ferrero va a quedarse con algunos de los colaboradores anteriores de la publicación, como Samuel Ros, Antonio Vidal Moya o Francisco Guillén Salaya, e incorporará nuevos columnistas, entre ellos los jóvenes José María Marañón, Eugenio Imaz, Guillermo Díaz-Plaja o Ricardo Gullón. Pedro Garfías escribió asiduamente de 1933 a 1935, entre otras cosas con un recuerdo y balance del ultraísmo, y de forma puntual lo hicieron Luis Cernuda y Agustín Espinosa. Aunque la incorporación más destacada vino por un acercamiento espontáneo. Desde sus primeras críticas, Ferrero había dejado claro que Juan Ramón Jiménez le parecía el más importante de los poetas españoles del siglo. Y un día el propio Jiménez se presentó en la redacción del *Heraldo de Madrid* ofreciendo gratuitamente su colaboración, ante la estupefacción del joven reportero<sup>18</sup>. Juan Ramón aportó sus poesías y prosas líricas entre noviembre de 1930 y enero de 1931, y abandonó la publicación por las continuas erratas<sup>19</sup>.

Ferrero convirtió la página en algo ágil y ameno. Inauguró secciones como la de "ventana al mundo" donde se informaba telegráficamente del acontecimiento literario más destacado en varias capitales europeas. En la sección de "micrófono" se ofrecían brevísimas entrevistas que sobre todo buscan indagar por los nuevos proyectos de los escritores. A partir de octubre de 1931 apareció un dibujo del

caricaturista Francisco Santa Cruz, amigo de correrías desde los primeros años veinte, donde se resumían humorísticamente las noticias literarias de la semana<sup>20</sup>.

En cuanto a los textos firmados por el director, vamos a encontrar varias fases: en una primera, que cubre el año 1931, Ferrero se inclina más por la reseña larga y sus textos tienen una voluntad de retrato de los autores que recuerda precisamente a las viñetas que Juan Ramón Jiménez reunió en *Españoles de tres mundos* y anuncia a su propia producción de posguerra. Tómese como ejemplo el artículo dedicado a César M. Arconada, "Hombre de vals y de turbina", donde la reseña de la novela *La turbina* queda desplazada por la narración de las distintas fases de la amistad entre Arconada y Ferrero<sup>21</sup>, o la serie "una figura en siete días", publicada a mediados de 1931.

Poco a poco, y con la decadencia de las revistas literarias y la desorientación de *El Sol*, la página del *Heraldo* adquirió preeminencia. A la vez, Ferrero, plenamente consciente de la ideología del periódico, introdujo cambios pensando en un público mayoritario y no especialmente preocupado por asuntos literarios. Así, en 1932, las reseñas más largas de publicaciones concretas fueron sustituidas por una sección que bajo el rótulo "cosas vistas, leídas, oídas" era en realidad una mezcla de noticiero, mentidero y altavoz. Un espacio que permitía a Ferrero no ceñirse a las novedades publicadas, sino comentar, no pocas veces con ironía, proyectos, opiniones y eventos<sup>22</sup>. Asumía así el director una mezcla de roles: informador, crítico y justiciero. Cada vez más vencía el periodista al literato. El propio Ferrero lo explicaría así más tarde: "Existen, pues, dos tipos de 'plumeadores': los que se consagran al delicado y trascendente manejo de las

17 *Algunos españoles*, pp. 131-132.

18 En una carta a Manuel Fontdevila, Juan Ramón explica su elección del *Heraldo*: "Pensé en su periódico porque estoy creyendo ver de algún tiempo a esta parte que no padece ese caciquismo estético, esa trata de blanco de otros periódicos y revistas españolas, que hacen imposible una colaboración independiente" (Juan Ramón Jiménez, *Cartas (1898-1958)*, pról. de Francisco Garfías, Barcelona, Pícazo, 1973, p. 104).

19 Ferrero alude al asunto en el artículo 31: "Juan Ramón Jiménez", *Heraldo*, 3 de septiembre (1931), p. 10.

20 En la presentación de la sección (*Heraldo*, 15 de octubre, 1931, p. 12) el periódico reconocía su deuda con los dibujos de Carlo Rim en *Les Nouvelles littéraires*. Santa Cruz había expuesto en el Lyceum Club en el mes de abril de 1931 y Ferrero escribió el epílogo al catálogo de la exposición.

21 "Hombre de vals y de turbina", *Heraldo*, 27 de noviembre (1930), p. 9.

22 Una sola muestra: "Calle: Fuerzas iguales y contrarias se anulan... En un andén va a ser inaugurado el Club Domingo Ortega... En el de enfrente se inauguró hace tiempo la R. De O" (*Heraldo*, 21 de abril de 1932, p. 9).

ideas y aquellos, más humildes, que se conforman con transmitir el aspecto de lo que ven y perciben; un paisaje, un hecho, una cosa, un personaje..."<sup>23</sup>. Él, claro, se colocaba en la segunda categoría.

Con el avance de los treinta, Pérez Ferrero fue modificando sus gustos hacia autores y modos más tradicionales y clásicos. Se había apartado, aunque no del todo, de las revistas literarias —ciertamente menores en número que en los años veinte— y concebía su tarea ante todo como una labor de información y divulgación de la actualidad literaria para el gran público. Eso le hizo irse adocenando en los gustos y preferencias, y además exhibir un estilo directo y sin concesiones<sup>24</sup>. Así, a veces sitúa como valores la amenidad cuando no directamente el éxito de ventas, implicando que el mejor escritor es el que goza de un público más amplio. Con los años, arrecian sus críticas a un arte para minorías, crece su pesimismo y alude cada vez más al amiguismo y a las capillas literarias<sup>25</sup>, por ejemplo, y a la precariedad del sistema literario. Así, respecto a la famosa colección de vidas auspiciada por Ortega critica la selección de autores y el afán de la editorial por construir en poco tiempo un amplio catálogo que aproveche el tirón de ventas de la biografía<sup>26</sup>. Otro artículo denuncia el abuso de "lo joven" como emblema y valor literario<sup>27</sup>.

Ya en 1930 Ferrero se había quejado amargamente de la desaparición de las revistas literarias y lamentaba que se produjera precisamente cuando las cifras de ventas parecían mostrar una mejoría en "el nivel de la afición española por el libro"<sup>28</sup>. Cuatro años después,

en una entrevista a Rafael Vázquez Zamora, atacaba el poco apoyo de los editores, deploraba las presiones que los periodistas culturales recibían de estos y de sus propios directores, denunciaba que buena parte de la literatura actual se hacía sin contar con los lectores y criticaba la escasez de páginas culturales en la prensa diaria. Y preguntado por su modelo de periodismo cultural, defendía una mezcla equilibrada de tres elementos —crítica, información y creación— y mantenerse pegado a la actualidad<sup>29</sup>.

En 1932 la labor crítica de Ferrero alcanzó cierta notoriedad pública por doble motivo. El primero es que ganó un segundo premio del concurso de artículos sobre tema bibliográfico promovido por la Cámara Oficial del Libro con motivo de la primera Feria del Libro, por su pieza "Itinerario del pliego escrito: el libro, por caminos de España"<sup>30</sup>, que es un repaso por las vicisitudes del libro en las distintas etapas de la historia nacional, con motivo de la puesta en marcha de las bibliotecas ambulantes de las misiones pedagógicas y su labor de extensión y democratización de la cultura. El segundo motivo es la polémica encendida por su reseña a la *Antología poética*, de Gerardo Diego. Quizá su biografía de poeta frustrado explique que Ferrero se situara en una posición fuerte en la que cedió poco espacio. La selección de 1929 de Salinas, Guillén, Alberti y Lorca como únicos valores verdaderos de la joven poesía se mantuvo incólume a lo largo de los 30<sup>31</sup>.

29 Rafael Vázquez Zamora, "Cómo son y cómo debían ser las páginas literarias de nuestros diarios", *Eco*, 9, octubre (1934), s. p.

30 Publicado en *Heraldo*, 18 de febrero (1932), p. 12. El otro segundo premio fue para Carlos Fernández Cuenca y el primer premio recayó en Ernesto Giménez Caballero.

31 De hecho, Ferrero dedica a estos cuatro autores la mayoría de sus textos sobre poesía. Véanse, entre otros, "Un libro de García Lorca: Romancero gitano" (*La Gaceta literaria*, 40, 15 de agosto, 1928, p. 2); "Tres poetas de nueva poesía. Alberti, Lorca, Guillén" (*Cosmópolis*, año 3, 21, agosto, 1929, p. 69); "Rafael Alberti en su nueva etapa" (*Heraldo*, 4 de mayo, 1933, p. 13); "La voz a ti debida" (*Heraldo*, 18 de enero, 1934, p. 9); "Otra vez el Romancero gitano" (*Heraldo*, 10 de mayo, 1934, p. 9); "Poesías completas, 1924-1930, de Rafael Alberti" (*Heraldo*, 6 de diciembre, 1934, p. 12); "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías" (*Heraldo*, 9 de

23 "Baroja, reporter", *Abc*, 26 de noviembre (1948), p. 1.

24 Véase como muestra el cambio en la valoración del nuevo humorismo en las reseñas dedicadas a Samuel Ros ("El ventrílocuo y la muda", *La Gaceta Literaria*, 15 de agosto, 1930, p. 15) y a Julio Camba ("Un humorista: Julio Camba", *Heraldo*, 16 de febrero, 1933, p. 13).

25 Véase, por ejemplo, el artículo "La 'capilla' intelectual", *Heraldo*, 14 de julio (1932), p. 8.

26 "Biografías: una biografía", *Heraldo*, 28 de septiembre (1933), p. 10.

27 "Lo joven", *Heraldo*, 9 de febrero (1933), p. 13.

28 "Los periódicos literarios: su actual decadencia en España", *Heraldo*, 25 de septiembre (1930), p. 9.

La *Antología poética* fue enviada a principios de marzo a críticos, prensa y profesores, además de a los interesados, y a nadie dejó indiferente. La crítica del *Heraldo* fue de las primeras en aparecer en un medio con difusión masiva (el 10 de marzo) y en ella Ferrero arremetía contra el “sectarismo” del compilador por basar su selección en criterios de amistad, lo que le conducía además a favorecer a algunos autores que aún no habían manifestado verdadero fuste poético, y a caer en ausencias imperdonables<sup>32</sup>. Sus palabras traslucen una particular inquina hacia el antólogo<sup>33</sup> que quizá pudiera deberse, entre otras razones, no solo a que Ferrero fuera excluido —como tantos otros— de la antología misma, sino a que considerara a Diego culpable de que los poemas que envió para el homenaje a Góngora de 1927 nunca fueran publicados<sup>34</sup>. En cualquier caso, a la reseña negativa de Ferrero vino a

---

mayo, 1935, p. 12); “El canto a Sánchez Mejías, de Rafael Alberti” (*Heraldo*, 9 de enero, 1936, p. 4); “Cántico, por Jorge Guillén” (*Heraldo*, 30 de enero, 1936, p. 13, y 6 de febrero, 1936, p. 12); “Dos poetas españoles en América y un americano en España” (*Tierra Firme*, II: 1, 1936, pp. 23-45), dedicado a Lorca, Alberti y Neruda.

- 32 “Gerardo y sus amigos”, *Heraldo*, 10 de marzo (1932), p. 12. Vicente Aleixandre es el primero en señalarle a Diego la aparición del artículo de Ferrero, en carta del 11 de marzo de 1932: “Por aquí la Antología comienza a dar guerra, a dar que hablar: magnífica señal. [...] Anoche creo que en el *Heraldo* (yo no lo he leído) salía otro de ese Pérez-Ferrero sobre la Antología de ‘Gerardo Diego y sus amigos’. Creo que echaba de menos a... Vicente Medina y a José María Alfaro. Delicioso, sencillamente delicioso. [...] La antología esta que es como una piedra en la charca estancada de la llamada ‘vida literaria’, donde todo es bajeza, está ya levantando ese melífico olor a agua muerta que se desprende siempre que algo heridor la revuelve un momento. Qué asco y qué lejos todo eso” (Vicente Aleixandre, *Correspondencia a la generación del 27 (1928-1984)*, ed. de Irma Emiliozzi, Madrid, Castalia, 2001, pp. 74-75).
- 33 En carta a Diego del 16 de marzo de 1932, Palazón, el editor de Signo, concluye: “La crítica de PF es de una violencia extraordinaria, y más que una crítica resulta un ataque personal y enconado contra usted. Bien es verdad que sus lectores no deben pasar de dos o tres” (recogida en: Gabrielle Morelli, *Historia y recepción de la Antología poética de Gerardo Diego*, Valencia, Pre-textos, 1997, p. 163).
- 34 Quizá Ferrero no sabía que los trabajos habrían sido seleccionados —y rechazados los de Mauricio Bacarisse, José Rivas Panedas y el suyo propio— casi con seguridad no por Diego, sino por Rafael Alberti, encargado del volumen de home-

sumarse en poco tiempo la aún más furibunda de César González Ruano en *Informaciones*. Diego, dolido, llegó a escribir a propuesta de los editores de Signo una respuesta a ambos críticos que nunca publicó<sup>35</sup>. Fue Pedro Salinas el que salió en defensa del amigo con una carta a Ferrero publicada en el *Heraldo* del 17 de marzo y donde, entre otras cosas, le recriminaba falta de simpatía ante la obra, por fijarse en las ausencias y no en la poesía que sí contenía, disculpaba la obligada omisión en toda selección y defendía a Altolaguirre<sup>36</sup>. Ferrero respondía en las mismas páginas acusando a Diego de incoherencia entre lo afirmado en el prólogo y la poesía ofrecida<sup>37</sup>. La polémica, por cierto, tendría una coda dos años después, cuando Ferrero aireó la entrevista telefónica a Juan Ramón Jiménez en que explicaba su negativa a aparecer en la segunda edición de la antología<sup>38</sup>.

En varios momentos Ferrero arremetió contra la constitución de los poetas del 27 como grupo “de poder” dentro del panorama litera-

---

naje de los jóvenes poetas al cordobés (véase la carta de Alberti a Diego de octubre de 1927 recogida en Gabrielle Morelli, *Gerardo Diego y el III centenario de Góngora: correspondencia inédita*, Valencia, Pre-textos, 2001, p. 78).

- 35 Véase la carta de Gerardo Diego a Palazón del 28 de marzo de 1932 en Morelli, *Historia... op. cit.*, p. 165.
- 36 A Diego no le gustó el artículo de Salinas, como le reconoce al editor Palazón en carta del 28 de marzo de 1932: “La defensa de Salinas me pareció tan simpática como mal orientada. Habría que decir, decirles otras cosas. En fin, todo se andará” (*ibidem*, p. 74). En carta a Jorge Guillén del primero de mayo de 1932, Salinas explicaría sus razones de fondo para escribir el artículo: “La ofensiva contra Gerardo y su antología es un síntoma de la actitud de esos periodistillas literarios, frente que va de Montes a Ferrero, hacia nosotros. Y el único modo de contestar a eso, es existir, dar fe de vida, en grupo y reunión” (*ibidem*, p. 146).
- 37 Parece ser que efectivamente hubo un proyecto de publicación de una contraantología, preparada por los acusadores de Diego y capitaneada por Ferrero y Díez-Canedo. Así lo reconocía J. del Río Sáinz en su reseña: “Se ha acordado, en respuesta a Gerardo, hacer otra Antología en edición enteramente igual, con diecisiete nombres, que es el número de los recogidos por él” (*ibidem*, p. 62).
- 38 La entrevista se publicó en el *Heraldo* del 22 de marzo de 1934. Juan Ramón puntualizó algunos aspectos de ella en una carta a Ferrero publicada una semana después: Juan Ramón Jiménez, “Poesía en soledad”, *Heraldo*, 29 de marzo (1934), p. 10.



rio; es decir, por su capitalización de la renovación poética nacional y por haber dado pie a lo que Ferrero creía era una proliferación de falsos poetas e imitadores de escaso valor a los que se apadrinaba<sup>39</sup>. Otro artículo denuncia la proliferación de falsos poetas y meros imitadores al calor de la renovación poética. Así, en su artículo “¡Viva la poesía!” arremete tanto con el jurado (Diego, Alonso, M. Machado) como con los galardonados por el Premio Nacional de Poesía, que eran en las principales categorías nada menos que Vicente Aleixandre, José María Morón, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, por considerar que su obra no estaba a la altura del premio<sup>40</sup>. En 1935 toma postura en el debate de poesía pura e impura al defender la publicación de *Caballo verde para la poesía* y dispara contra los jóvenes de *Nueva poesía*<sup>41</sup>.

En estos años Ferrero estaba integrado en la segunda tertulia que se llevaba a cabo en el Café Lion y a la que se llamó “la del banco azul”, porque la República hizo subsecretarios y directores generales a muchos de sus integrantes, entre los que se encontraban José Bergamín, Melchor Fernández Almagro y José María de Cossío. En los años 30 también colaboró activamente en el medio radiofónico. Así, el 1 de abril de 1932 se radió su conferencia “La vuelta al folletín”, asunto sobre el que volvería en un ensayo publicado al año siguiente en *Los cuatro vientos*<sup>42</sup>. Hacía Ferrero una elegía reivindicativa del género como profundamente literario, liberal y dirigido al gran público, propio de una época de individualismo y materialismo donde primaban la acción y las pasiones, y basado en maniqueísmos morales

39 Sirvan de ejemplo, además de los señalados, “La detención de la poesía”, *Heraldo*, 14 de mayo (1931), p. 8; “Los de ayer vuelven”, *Heraldo*, 30 de marzo (1933), p. 9.

40 “Poetas de segundo y tercer plano, discípulos de discípulos (preséntese como prueba la lectura de sus versos), sin nada hondo, peculiar ni extraordinario de sentido ni técnica en sus versos” (“¡Viva la poesía!”, *Heraldo*, 21 de diciembre, 1933, p. 9).

41 Véase “Aire polémico en la poesía” (*Heraldo*, 8 de noviembre (1935), p. 6). Los editores de *Nueva poesía* respondieron a Ferrero con una carta publicada en *El Sol*, 12 de noviembre (1935), p. 2.

42 “Vida, pasión y muerte del folletín”, *Los Cuatro Vientos*, 3, junio (1933), pp. 43-53.

radicales; algo imposible hoy en día. En noviembre de 1933 escribió junto a Julio Gómez de la Serna una “farsa radiofónica” para Unión Radio titulada *El tesoro imaginario*, y que estaba basada en textos de Pierre MacOrlan<sup>43</sup>, y en 1936 participaría en el ciclo de conferencias de divulgación literaria de Unión Radio titulado “Los personajes célebres vistos por los escritores jóvenes”, con una intervención a propósito de *Pepita Jiménez* (5 de febrero).

En febrero de 1934 Ferrero leyó una conferencia sobre la novela en el teatro principal de Burgos, organizada por el Ateneo Popular, y que suponemos el germen de su artículo “Derrotero de la novela” publicado en *Cruz y Raya*. Ahí reconocía la crisis del género, aunque descartaba su desaparición, y situaba el momento actual como de reescritura de sus posibilidades. La definía como síntesis de observación e imaginación y señalaba a Cervantes como descubridor de la novela. Luego reivindicaba el siglo XIX como aquel donde finalmente la novela adquiere preponderancia como modo de estudio “de todos los espectáculos humanos”<sup>44</sup> y ensalzaba a Galdós. Tras él se iniciaba un “derrumbamiento” del género por corrupción del estilo. Ferrero cargaba contra el 98, tachaba a los jóvenes de “atisbos de novelistas”<sup>45</sup> y ubicaba sus esperanzas de rehabilitación en una tríada foránea: Proust, Thomas Mann y Joyce. El texto se cierra de manera algo abrupta, con cierta indefinición y con un poso de desesperanza en lo que a la producción española se refiere.

1935 puede considerarse el año de mayor fulgor de Ferrero en la escena literaria de su tiempo. Primero, porque va a ser el encargado de editar, junto a Guillermo de Torre y Esteban Salazar Chapela, el *Almanaque literario 1935*, considerado por muchos el último ejemplo de colaboración fecunda y amical entre los integrantes de la joven literatura, “un cabal síntoma de esa mezcla de optimismo editorial y

43 La revista *Ondas* informaba en diciembre de ese mismo año que se radiaría otra también escrita al alimón con el título *Falacias*.

44 “Derrotero de la novela”, p. 16.

45 *Ibidem*, p. 21.

pesimismo histórico<sup>46</sup>. Además, Ferrero se encargó del resumen correspondiente a la novela para 1934<sup>47</sup>. Afirmaba ahí la absoluta realidad de la crisis del género, que remitía directamente a dos factores: la precaria situación económica del escritor, que le impedía vivir solamente de su pluma y por tanto dedicarse a la escritura novelesca, unida a la escasez de compradores; y la “falta de personalidad”<sup>48</sup> entre los novelistas actuales. Eso se constataba en términos históricos en el abandono por parte de los escritores de las distintas generaciones del cultivo de la novela tras poco tiempo (Baroja era la excepción del 98 y Jarnés, de los más jóvenes). Por todo ello Ferrero describía el panorama novelesco del año recién abandonado como absolutamente “vacío de obras notables”<sup>49</sup> y a los nombres ya señalados añadía únicamente a Ramón Ledesma Miranda<sup>50</sup>.

También en 1935 aparece el primer libro de crítica de Ferrero, *Vida de Ramón*. Siguiendo la estela de otras semblanzas escritas en vida del biografiado —como el *Unamuno*, de Ruano, o el *Azorín*, del propio Ramón—, Ferrero se atreve con el sumo vanguardista. El libro condensa por primera vez en volumen la querencia de Ferrero por el ejercicio biográfico, cuya exitosa vuelta ya había aplaudido en 1929 por considerarla un ejemplo más del “retorno al hombre” en las letras europeas<sup>51</sup>. Además, la obrita contiene ya las bases de una manera de entender la literatura como cúmulo de entrecruzamientos,

46 José-Carlos Mainer, *La corona hecha trizas*, Barcelona, PPU, p. 97.

47 “El año literario y artístico en España: la novela”, *Almanaque literario 1935*, Madrid, Plutarco, pp. 55-61.

48 *Ibidem*, p. 58.

49 *Ibidem*, p. 59.

50 Ferrero trató el tema de la crisis de la novela en varias otras ocasiones, entre ellas: “Laberinto de la novela y monstruo de la novelaría, de Bergamín” (*Heraldo de Madrid*, 27 de marzo, 1935, p. 3); “Los muertos... y Laura” (*Heraldo de Madrid*, 26 de enero, 1936, p. 9).

51 “Variaciones a la soledad, a la voz y al hombre”, *Cosmópolis*, noviembre de 1929, pp. 69-70. Incluye este texto una descripción del Marañón biógrafo que quizá ofrezca una clave sobre el propio Ferrero: “Buscó la vida en los hombres más vivos y pudo apreciar la intensidad de los instantes de que hablan los buenos biógrafos, de creer suyas las ajenas vicisitudes...” (*ibidem*, p. 70).

expresiones e irradiaciones de personalidades que Ferrero seguirá cultivando en multitud de retratos y gruesas biografías. La vida de los autores, la anécdota aparentemente secundaria, su círculo de amistades y, de existir, el trato del biógrafo con ellos se vuelven materiales preciosos a la búsqueda de un sentido último no tanto para las obras, sino para el lugar del autor en la historia literaria. *Vida de Ramón* está escrita desde la admiración contenida, no tanto por Ramón en sí mismo, sino por encarnar él como nadie los valores supremos del escritor: la independencia y la voluntad insobornable de dedicación a la pluma por encima de cualquier cosa. Ferrero presenta a un Ramón marcado por tres preocupaciones: el sustento económico, la angustia de la muerte y el triunfo como escritor de mayorías, ante las cuales ha utilizado tres antidotos: la soledad, los viajes —huidas, casi siempre— y el más importante de todos: “trabajar sin desmayo”<sup>52</sup>. De ahí que el biógrafo enfatice varios aspectos: la vinculación de Ramón con el periodismo a lo largo de toda su vida, el dolor por su fracaso en el teatro y sus triunfos como conferenciante. A través de estas líneas maestras, se nos presenta un Ramón en continuo parto intelectual; poco sabemos de sus ideas, opiniones o gustos. Conocemos sus actos y, dominándolo todo, sus publicaciones<sup>53</sup>.

El 21 de mayo de 1936, Ferrero participó en el banquete de homenaje a Lenormand, Malraux y Cassou, de visita por España, y que suponía una demostración de fuerza por parte de escritores vinculados al Frente Popular. Será su último acto importante antes del estallido de la guerra civil.

La sublevación sorprendió a Pérez Ferrero en Madrid. El 2 de agosto firmó el Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas y poco después, como hicieran tantos otros, se ofreció al Ministerio de Estado “por si estimasen sus servicios útiles a la reorganización del Cuerpo Diplomático y Consular” (exp. 18, del 11 de septiembre de 1936).

52 *Vida de Ramón*, Madrid, Cruz y Raya, 1935, p. 26.

53 Cómo iluminaba este aspecto de Ramón como sumo trabajador de las letras es lo que más destacó Samuel Putnam en su reseña de la biografía en *Books Abroad*, 10: 3, verano (1936), p. 293.

Entre otros méritos, Ferrero alegó su condición de redactor del *Heraldo de Madrid*, comentarista de política internacional y director de su página literaria<sup>54</sup>. Su demanda no recibió respuesta favorable y, en palabras de Esteban Salazar Chapela, “los moros, los italianos y los alemanes avanzaron rápidamente sobre Madrid, y a Ferrero le acometió un pánico atroz. De pronto, un día, desapareció del mapa”<sup>55</sup>. Lo que en realidad hizo fue buscar asilo diplomático en el Liceo Francés, dependiente de la embajada de Francia en Madrid<sup>56</sup>, donde estuvo escondido desde octubre de 1936 hasta mayo de 1937, cuando fue evacuado a París y, bajo la protección de Marañón, se unió a otros exiliados que ya habían mostrado públicamente su afinidad con el bando nacional. En 1938 inició su colaboración en el periódico bonaerense *La Nación* donde, según nuevamente Salazar Chapela en la antedicha misiva, “¡ahora aparece desdiciéndose de lo que defendió y de lo que hubo de desertar por miedo a lo que ahora defiende!”. Ferrero remacharía el cambio de bando en francés, con *Drrapeau de la France: la vie des réfugiés dans les légations a Madrid*<sup>57</sup>.

Libro-testimonio nacido del miedo, muestra efectivamente a un Pérez Ferrero en los primeros meses de la guerra civil superado por las circunstancias. Son unas páginas escritas en caliente, exculpatorias y

54 También señaló que había trabajado como jefe del gabinete de prensa en la Universidad Internacional de Verano de Santander, y que pertenecía al cuerpo de redactores del periódico *Milicia popular. Órgano del Quinto Regimiento de Milicias Populares*, en opinión de María Teresa León el mejor del frente madrileño, y en el que colaboraron, además de Ferrero, los escritores Eduardo Ugarte y José Herrera Petere (María Teresa León, *Crónica general de la guerra civil*, Sevilla, Renacimiento, 2007, p. 53).

55 Carta a Guillermo de Torre fechada en Glasgow el 13 de febrero de 1938 (ms. 22830-10 [22], Biblioteca Nacional, Madrid).

56 Sobre los apoyos que ofrecieron las legaciones extranjeras puede verse *El asilo diplomático durante la Guerra civil española*, número monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 59 (2005).

57 El libro fue publicado en París en 1938, traducido por Marie-Madeleine Piegnot, dentro de la colección “L’Amis de l’Espagne Nouvelle”. Aporta más datos sobre esta colección Josep Massot en *Els intel·lectuals mallorquins davant el franquisme*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1992.

parciales que obvian toda referencia a su vinculación con la república para concentrarse en justificar cómo un ambiente de violencia incontenida e ilegítima puso las vidas de muchos —entre ellos, la suya— en peligro y les forzó a buscar refugio en las embajadas: “ochocientas personas”, como Ferrero reitera insistentemente, en el caso de la de Francia. Dentro del característico tono maniqueo del género bélico, abundan las descripciones de los números de fuerza y los abusos por parte de las “hordas rojas” y el estilo condescendiente con los “notables” cuasi heroicos que hacen viable la vida dentro de la legación francesa. Ferrero aparta de sí todo protagonismo y consecuentemente todo heroísmo para mostrarse ante todo como una víctima, y se dedica a presentar una serie de estampas de los meses de vida en el oasis galo.

Ferrero vivió en París hasta 1941, conviviendo con el nutrido grupo de exiliados (Marañón, Azorín, Baroja, Zuloaga) a los que dedicaría la mayoría de páginas de *Algunos españoles*. Con Pío Baroja compartió la residencia de la Ciudad Universitaria de París en el bulevar Jourdan y luego lo siguió a San Sebastián, donde aquel le dictó gran parte de *El hotel del Cisne*. Allí publicaría la primera edición española de su biografía del novelista, que había aparecido primeramente en Chile con un prólogo de Marañón.

A partir de mediados de los cuarenta, de vuelta a Madrid, Ferrero colaboró en prácticamente todos los periódicos y revistas importantes, vinculándose muy especialmente a *Abc*, en cuya redacción ingresó en 1945 y donde llevó la columna “Madrid al día” con el seudónimo “Sic”. A partir de 1947, cuando recibió el premio “Luca de Tena” por su artículo “La muerte de Falla”, comenzó a encargarse de la crítica cinematográfica bajo el seudónimo de “Donald”. Entre 1963 y 1965 volvió a París, ahora como corresponsal, y a su vuelta dirigió la sección de cultura, tarea que continuó hasta sus últimos días.

Durante el franquismo se produjo la inversión de su actitud, pero no su medio. Continuó escribiendo de los otros, *ad hominem*, pero ahora en positivo. Al pesimismo y agresividad de la etapa de pleguerra dio paso la añoranza y el homenaje. Así lo atestiguan sus biografías de Baroja, Machado o Pérez de Ayala, libros como *Unos y otros* (1947), *Algunos españoles* (1972) y *Tertulias y grupos literarios* (1974) o sus decenas de artículos sobre personajes de entreguerras. Nacidos

del conocimiento de primera mano, trufados de anécdotas, textos que están escritos con el cañamazo de la melancolía y no pueden evitar comunicar un sentimiento de pérdida y lejanía de un tiempo mejor: "Eran aún los años de optimismo, de esperanza y de risa. Quizá los de 1925 a 1927... No es la primera vez que he escrito sobre aquellos días. Uno tiende a retrotraerse a menudo mecido por sus recuerdos, por sus nostalgias. 'La nostalgia —ha dicho con razón alguien— es la mejor fuente para el cronista'. Se rememora el pasado vivido, y se trata de reconstruir con fidelidad"<sup>58</sup>.

En definitiva, Miguel Pérez Ferrero fue, durante toda su vida, cronista de la época de esplendor cultural anterior a la guerra civil con tres generaciones de escritores en activo. Sus artículos y semblanzas nos ayudan a reconstruir ese tiempo, y nos alertan de los canales públicos de recepción e interpretación de su producción intelectual. Y ello en dos modos: en el de la vivencia y en el del recuerdo, y siempre a través del prisma de sus protagonistas. Ferrero eligió conscientemente, como modo de mostrarse, ocultarse tras las personalidades que le rodeaban, ejercer, como apuntó Néstor Luján, "la humanísima capacidad del testigo"<sup>59</sup>. El propio Ferrero así lo había reconocido: "Las amistades y los recuerdos constituyen lo esencial, o casi lo esencial, del mundo personal, íntimo de cada uno"<sup>60</sup>.

58 "Restas dolorosas: Jardiel Poncela", *Abc*, 26 de febrero (1952), p. 11. Habla explícitamente de "melancolía" Manuel Vega en su reseña de *Vida de Antonio Machado y Manuel* en *Abc*, 9 de abril (1947), p. 3.

59 Néstor Luján, "En la muerte de un escritor", *La Vanguardia*, 30 de mayo (1978), p. 14.

60 *Algunos españoles*, p. 227.

## Bibliografía de Miguel Pérez Ferrero en volumen

- El bufón de la reina y otros poemas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- Luces de bengala: poemas*, Madrid, Marinada, 1925.
- Almanaque literario 1935*, ed. de Guillermo de Torre, Esteban Salazar Chapela y Miguel Pérez Ferrero, Madrid, Plutarco, 1935.
- Vida de Ramón*, Madrid, Cruz y Raya, 1935.
- Drapeau de France: la vie des réfugiés dans les légations à Madrid*, trad. de Maris-Madeleine Peignot, París, Sorlot, 1938.
- Pío Baroja en su rincón: biografía*, Santiago de Chile, Ercilla, 1940. 2ª ed.: San Sebastián, Editora Internacional, 1941.
- Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, Rialp, 1947.
- Unos y otros*, Madrid, Editora Nacional, 1947.
- Vida de Baroja, el hombre y el novelista*, Barcelona, Destino, 1960.
- Algunos españoles*, Madrid, Cultura hispánica, 1972.
- Ramón Pérez de Ayala*, Madrid, Fundación Juan March, 1973.
- Tertulias y grupos literarios*, Madrid, Cultura Hispánica, 1974.
- ¿Cómo era Pío Baroja?*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977.